

## MENENDEZ PELAYO Y ZARAGOZA

No sé por qué, frente a la gran personalidad de Menéndez Pelayo, se me ocurre buscar el detalle humano, pequeño; la cordialidad y la bondad del sabio que encontramos en tantos detalles de su vida de relación, derramada sobre los que le rodeaban.

Así las cosas, no tenemos otra solución que acercarnos al brujuleo de lo íntimo del personaje, como hacía Azorín en su hurgar por las interioridades humanas, y obrar como el ensayista que descubría la tragedia de Clarín, falto de apoyo económico, en una libretita de cuentas abandonada en un cesto de papeles. Hemos remontado el río Ebro, bordeado tantas veces por Menéndez Pelayo y, al llegar a Santander, penetramos en la biblioteca del polígrafo. En un montón de papeles sin clasificar y en unas cartas guardadas cuidadosamente, por orden alfabético de autores, vamos descubriendo un ser vivo y un fragmento palpitante de la Zaragoza del siglo XIX.

Ya desde muy joven conocía el sabio Aragón. ¡Cuántas veces al ir y venir de Santander a Barcelona, donde estudiaba, sus ojos se detuvieron sobre la esquiva geografía aragonesa para elevarse a la ruina del castillo que salía al paso y hablaba de historia, de austeridad y de norma! Zaragoza surgía con las cúpulas del Pilar por sobre el río ancho. ¡Quién sabe si la frase de su discurso de elogio a Milá y Fontanals: «... Y siguiendo el Ebro cuyas aguas besan el muro triunfal de Zaragoza...» no es una expresión de lo impreso en la retina! Pero un hecho político le lleva concretamente a la capital del Reino. En 1891 es nombrado diputado canovista por Zaragoza. De aquí es el «Diario de Avisos» que nos dice, en su número del 5 de enero: «Leemos en «La Epoca» que el ilustre catedrático, señor M. y Pelayo retirará su candidatura por la circunscripción de Zaragoza, fundándose en recientes desgracias de familia».

Los periódicos de la oposición de 3 de febrero del mismo año, acusan a los elementos religiosos y los procedimientos maquiavélicos de sus contrarios por haber sacado nada menos que dos diputados de partido: don Tomás Castellano y don Marcelino M. Pelayo. Del discurso que, a raíz de su elección, tuvo que pronunciar, surge la exaltación de

los valores morales de Aragón y la de la mente jurídica de sus hombres. Dan idea del texto de la oración los periódicos de la época, y actualmente, Florentino Pérez Embid, en reciente trabajo <sup>1</sup>.

Cuando nuestro personaje hacía, en su discurso, la citada selección de valores con la que pretendía revitalizar el sentido de la personalidad dormida de cada región, tenía escritos ya volúmenes sobre las glorias literarias aragonesas: sobre Prudencio, el maravilloso creador de símbolos; sobre los horacianos Argensola, sobre Marcial, sobre el cancionero vivo de los poetas de Alfonso V...

Pero al lado de la presencia física de Menéndez Pelayo, hay unos testimonios escritos que le unen a Zaragoza a través de dos caminos. Uno, el más frecuente, el que busca al sabio extraordinario que llegó a tener categoría de mito, y otro, el de la amistad cordial, el del sentimiento, el de la comprensión por comunidad de sentimientos <sup>2</sup>.

Al sabio se dirige «Heraldo de Aragón» por medio de una carta inédita de su director, que dice:

*En el membrete: «Heraldo de Aragón».—Dirección.*

Sr. Dr. Marcelino M. y Pelayo.

Distinguido Sr: El «Heraldo de Aragón» publicará el día 1.º de enero próximo un número extraordinario de lujo y deseamos que le honre la firma de V. autógrafa, juntamente con la de otros hombres insignes en política, ciencias, literatura y artes.

Si en la hoja adjunta se dignase V. consignar una línea, una frase siquiera, estimáramos su bondad como favor digno de nuestra eterna gratitud, que sentirán con nosotros los lectores aragoneses.

B. S. M.,  
Darío Pérez.

¿Respondió Menéndez Pelayo a la propuesta? Sería curioso saberlo. Tampoco carecería de interés el que se nos dijera si la invitación que acompañaba la convocatoria al certamen literario zaragozano del III centenario del Quijote, tuvo, si no la suerte de acaparar la presencia de Menéndez Pelayo, la satisfacción de verse correspondida, por lo menos, con una carta de agradecimiento y de estímulo. Porque otro de los papeles encontrados es la convocatoria del certamen. En 1905 acordaron—unidos Universidad y Ateneo—celebrar en Zaragoza el III centenario del Quijote. Figura como presidenta honoraria la duquesa de Villahermosa, cuyo esposo, traductor de las Geórgicas de Virgilio, se vio honrado con un prólogo de Menéndez Pelayo. El presidente efectivo era don Mariano Pano y el secretario don Enrique de Benito.

Los premios a conceder consistían en: primero, una bandeja de plata regalo de la duquesa de Villahermosa; segundo, mil pesetas que entregaban Diputación y Ayuntamiento. La Universidad, el Ateneo y la Maestranza donaban obras artísticas correspondientes a los premios tercero, cuarto y quinto.

También, relacionada con el sabio, hemos encontrado la carta de un religioso agustino recoleto, fray Pedro Corro del Rosario, que firmaba sus escritos con el nombre de «Gonzalo de Berceo». Colaboró en algunas publicaciones aragonesas por tratar de investigar problemas de la historia religiosa zaragozana. En la carta pretende demostrar, rebatiendo un punto de vista de Menéndez Pelayo, que Prudencio, en sus himnos a los mártires zaragozanos, hace repetidas alusiones al templo del Pilar. No conocemos la contestación de don Marcelino.

Pero un valor humano más rico y más lleno de sugerencias y más actual presentan las cartas de D. M. Asín. ¡Qué bueno, qué fino de espíritu debía de ser Asín! En un estilo vivo, lleno de expresividad, se dirige al maestro pidiendo notas—para la ampliación de su tesis doctoral—que le han sido prometidas. Pero cuando éstas no llegan con la debida prontitud, su paciente espera es ejemplar. En Menéndez Pelayo vuelca Asín su admiración por el maestro Codera «que tanto ha hecho por mí»; su entusiasmo que le hace ir dando cuenta de hallazgos bibliográficos: «un Algazel de Zaragoza», único en Europa y quizá en el mundo; su ilusión puesta en un trabajo sobre el Justiciazgo aragonés que se leyó en 4 de febrero de 1897. Los recuerdos de Ribera, el gran arabista, que estaba por entonces en Zaragoza y se sirve, muy atareado, de Asín como transmisor; su continuidad en los estudios de Avempace; el descubrimiento de valores locales que hoy, a lo mejor, reposan en el silencio. Porque, ¿quién era el sacerdote don Alberto Gómez que firmaba sus escritos con el pseudónimo de «Dr. Grafilinkus»? Asín nos lo describe como un filósofo mercierista que quiere sacar la escolástica española de su estrecha rutina. Para él pide a Menéndez Pelayo fuentes bibliográficas. ¿Será el mismo personaje el Alberto que, frecuentemente, sin apellidos, sale en las cartas de Asín como opositor fracasado (para el cual pide protección) a cátedras de Lógica de Universidad? La admiración por el monasterio de Sijena, que visita en compañía de Ribera y Antonio Vives, constituye el motivo de las dos líneas de una postal que manda a don Marcelino. Pero junto a la nota erudita que pierde sequedad, gracias a la viveza de expresión, hay detalles de lo cotidiano de Zaragoza: «las algaradas anticlericales me tienen retenido en casa» y le privaban de libertad para trabajar más. A esta nota amarga va unida otra queja más angustiada de Asín: la que le arrancan los libros y documentos de gran valor para la historia y la cultura que, según una frase suya muy gráfica, se venden «para usos excusados».

Y esta angustia en su humanidad; la personalidad de Menéndez Pelayo que fomentaba el entusiasmo por lo bello, por lo grande; las inquietudes de las entidades zaragozanas que admiraban los valores del espíritu en tiempo pasado; todo ello que vibra en un montón de papeles de una gran biblioteca de Santander, lo hemos querido acercar hoy al corazón de Zaragoza y de Aragón entero.

MARÍA DOLORES CABRÉ

1. FLORENTINO PÉREZ EMBID, *Participación de Menéndez Pelayo en la política activa*, en «Estudios sobre Menéndez Pelayo» (Madrid, 1956), págs. 307-408. Es reproducción de un estudio preliminar en la obra *Marcelino Menéndez Pelayo, Textos sobre España*, Madrid, 1955.

2. Sobre la cordialidad del sabio, véase ARTURO FARINELLI, *Evocación de la figura humana de Menéndez Pelayo*, en «Estudios sobre Menéndez Pelayo», p. 57.